

Se separaron después de darse cita para el día siguiente. Beausire se apresuró á enrollarse su dominó bajo el brazo y echó á correr á la calle de la Delfina, donde esperaba hallar á la señorita Oliva en posesión de cuantas virtudes antiguas tenía, y de nuevos luises de oro.

CAPÍTULO X.

II. EMBAJADOR.

El día siguiente, al caer la tarde, llegaba por la barrera del Infierno un coche de camino bastante empolvado y cubierto de barro para que nadie pudiera descubrir el escudo de armas.

Los cuatro caballos de su tiro desempedaban las calles ; pues los postillones, como se dice, traían un tren de príncipe.

El coche se paró delante de un hotel de bastante buena apariencia en la calle de la Jussienne.

En la misma puerta del hotel estaban aguardando dos hombres, uno de ellos en traje bastante esmerado para anunciar la ceremonia, y el otro con una especie de librea común, como la que en todos tiempos han traído los empleados públicos de las diferentes administraciones parisienses ; ó, en otros términos, este último se parecía á un suizo en traje de ceremonia.

El coche penetró en el hotel, cuyas puertas se cerraron al punto dejando con la boca abierta á muchos curiosos.

El hombre del traje de ceremonia se acercó con mucho respeto á la portezuela, y con voz un poco temblona dió principio á una arenga en lengua portuguesa.

— ¿Quién sois vos? preguntó desde el interior una voz brusca, también en portugués, aunque hablaba un portugués excelente.

— Excelentísimo señor, yo soy el indigno canciller de la embajada.

— Está muy bien. ¡Qué mal habláis nuestra lengua, querido canciller! Vamos, ¿dónde nos apeamos?

— Por aquí, monseñor, por aquí.

— ¡Triste recibimiento! dijo el señor don Manoel, poniéndose muy repantigado y apoyándose en su ayuda de cámara y en su secretario.

— Vuestra Excelencia se dignará perdonarme, dijo el canciller en su mal lenguaje; porque hasta hoy á las dos no ha llegado á la embajada vuestro correo con la noticia de la llegada de Vuestra Excelencia. Yo estaba ausente, monseñor, por negocios de la legación; á mi llegada me hallé con la carta de Vuestra Excelencia, y solo he tenido tiempo para mandar abrir los aposentos. Ahora los están alumbrando.

— ¡Bueno, bueno!

— ¡Ah! ¡me causa una viva alegría el ver la ilustre persona de nuestro nuevo embajador.

— ¡Silencio! no divulguemos nada hasta que lleguen de Lisboa nuevas órdenes. Tened á bien solamente conducirme á mi cuarto de dormir, porque me estoy cayendo de cansancio, y entendedos con mi secretario, el cual os transmitirá mis órdenes.

El canciller hizo una respetuosa reverencia á Beausire, quien le respondió con un saludo afectuoso, y dijo con un tono cortésmente irónico:

— Hablad en francés, querido caballero, porque de ese modo estaréis más desembarazado y yo también.

— Sí, sí, murmuró el canciller, estaré más desembarazado, porque debo confesaros, señor secretario, que mi pronunciación...

— Demasiado lo veo, replicó Beausire con aplomo.

— Aprovecharé esta ocasión, señor secretario, puesto que hallo en vos un hombre tan amable, se apresuró á decir el canciller con afección, para preguntaros si creéis que el señor de Souza no se enojará conmigo por chapurrear de este modo el portugués.

— Nada de eso, nada absolutamente; si habláis el francés puro.

— ¡Yo! exclamó el canciller gozoso. ¡Yo, un parisiense de la calle de San Honorato!

— Bien; eso es excelente, dijo Beausire. ¿Cómo os llamáis? ¿Creo que Ducorneau?

— Eso es, Ducorneau, señor secretario; nombre muy bueno, porque, si se quiere, tiene una terminación española. ¡El señor secretario sabe mi nombre!... Es muy lisonjero para mí.

— Sí, se tienen excelentes informes de vos allá en la corte; tan excelentes, que nos han impedido el traer un canciller de Lisboa.

— ¡Oh! ¡cuánta gratitud, señor secretario, y qué gran fortuna para mí ha sido el nombramiento del señor de Souza!

— Me parece que llama el señor embajador.

— Corramos á ver qué quiere.

En efecto corrieron al aposento del embajador. Éste, gracias al celo de su ayuda de cámara acababa de desnudarse, se había puesto una magnífica bata de cachemira, y le estaba afeitando un barbero llamado á toda prisa. En las mesas y las consolas se veían algunas cajitas y neceseres de camino.

En la chimenea ardía un excelente fuego.

— Entrad, entrad, señor canciller, dijo el embajador, que acababa de sepultarse en un inmenso sillón con almohadones, enfrente de la chimenea.

— ¿Se incomodará el señor embajador si le respondo en francés? preguntó en voz baja el canciller á Beausire.

— No, no; al contrario.

Ducorneau hizo su cumplimiento en francés.

— ¡Hola! eso es muy cómodo, señor del Cornó; habláis admirablemente el francés.

— Me toma por un portugués, pensó el canciller ebrio de gozo; y apretó la mano de Beausire.

— Decid, ¿se puede cenar? preguntó don Manoel.

— Sin duda, excelentísimo señor. El Palacio Real está á dos pasos, y conozco un fondista que traerá una excelente cena para vuestra Excelencia.

— ¿Como si fuera para vos mismo, señor del Cornó?

— Sí, monseñor... Y yo, si Vuestra Excelencia lo permitiese, me atrevería á ofrecerle algunas botellas de vino del país, tan buenas que no las habrá hallado Vuestra Excelencia iguales á no ser en el mismo O Porto.

— ¡Hola, hola! ¿Parece que nuestro canciller tiene buena bodega? dijo gallardamente Beausire.

— Es mi único lujo, respondió con humildad el buen hombre, cuyos ojos vivos, redondos molletes y nariz encarnada, pudieron observar Beausire y don Manoel por la primera vez á la luz de las bujías.

— Obrad como mejor os agrade, señor del Cornó, dijo el embajador; traednos de vuestro vino y venid á cenar con nosotros.

— ¡Semejante honor!...

— Sin etiqueta; hoy soy todavía un viajero, y no seré embajador hasta mañana. Además, hablaremos de negocios.

— ¡Oh! pero monseñor me permitirá que dé una mirada á mi traje.

— Estáis soberbio, dijo Beausire.

— Es un traje de recibimiento, pero no de gala, dijo Ducorneau.

— Estáis excelentemente así, señor canciller; de consiguiente dad á nuestros preparativos el tiempo que habíais de emplear en vestiros el uniforme de gala.

Ducorneau, fuera de sí de alegría, se retiró y echó á correr para ganar diez minutos al apetito de Su Excelencia.

En este intermedio, los tres perillanes encerrados en el cuarto de dormir, pasaban revista á los muebles y á las aclas de su nuevo poder.

— ¿Duerme en el hotel este canciller? preguntó don Manoel.

— No; el tunante tiene una bodega excelente y debe tener en alguna parte una mujer linda ó alguna *griseta*. Es un solterón.

— ¿El suizo

— Será preciso desembarazarse de él.

— Yo me encargo de él.

— ¿ Los otros lacayos del hotel ?

— Lacayos alquilados á quienes reemplazarán mañana nuestros asociados.

— ¿ Qué dice la cocina ? ¿ qué la despensa ?

— ¡ Muertas, muertas ! El antiguo embajador no parecía jamás en el hotel ; tenía su casa fuera.

— ¿ Qué la caja ?

— En cuanto á la caja hay que consultar al canciller, pues es punto delicado.

— Me encargo yo de ello, dijo Beausire ; pues somos ya los mejores amigos del mundo.

— ¡ Chut ! ¡ que viene ahí !

En efecto, Ducorneau llegaba sin resuello ; pues venía de avisar al fondista de la calle de Bons-Enfants, y de tomar en su gabinete seis botellas de una apariencia respetable, y su gozosa cara anunciaba todas las buenas disposiciones que esos soles, la naturaleza y la diplomacia, saben combinar para dorar lo que los cínicos llaman fachada humana.

— ¿ Vuestra Excelencia no bajará al comedor ? dijo.

— ¡ No, no ! Cenaremos en este cuarto, en familia, al lado del fuego.

— Monseñor me vuelve loco de alegría. He aquí el vino.

— ¡ Verdaderos topacios ! dijo Beausire levantando una de las botellas á la altura de una bujía.

— Sentaos, señor canciller, mientras que mi ayuda de cámara pone la mesa.

Ducorneau obedeció.

— ¿ Qué día han llegado los últimos pliegos ? preguntó el embajador.

— La víspera de la marcha de vuestro... del predecesor de Vuestra Excelencia.

— Bien. ¿ Está en regla la legación ?

— ¡ Oh ! sí, monseñor.

— ¿ Ningún apuro en cuanto á dinero ?

— Ninguno que yo sepa.

— Ninguna deuda... ¡ Oh !... hablad con franqueza... pues si las hubiese principiáramos por pagar. Mi predecesor es un hombre muy galante, para que pueda yo dejar de responder de todo mancomunadamente.

— Á Dios gracias, monseñor no tendrá esa necesidad ; pues los créditos han sido pagados hace tres semanas, y el día siguiente á la marcha del ex-embajador llegaban aquí cien mil libras.

— ¡ Cien mil libras ! exclamaron á un tiempo Beausire y don Manoel fuera de sí de alegría.

— En oro, añadió el canciller.

— ¡ En oro ! repitieron el embajador, el secretario, y hasta el ayuda de cámara.

— De suerte, dijo Beausire reprimiendo su emoción, que hay en caja...

— Cien mil trescientas veintiocho libras, señor secretario.

— Poco es, dijo con frialdad don Manoel, pero afortunadamente S. M. ha puesto fondos á nuestra disposición. Bien os había dicho, querido mío, que los necesitaríamos en París, añadió dirigiéndose á Beausire.

— Sí, pero Vuestra Excelencia había tomado sus precauciones, replicó respetuosamente Beausire.

Desde esta importante comunicación del canciller, la hilaridad de la embajada se fué aumentando más y más.

Una buena cena, compuesta de un salmón, de enormes cangrejos, de carnes montesinas y cremas, aumentó más que medianamente la elocuencia de los señores portugueses.

Ducorneau, puesto á sus anchuras, comió como un cavador, y mostró á sus superiores cómo un parisiense de la calle de San Honorato trataba á los vinos de O Porto y de Jerez como si fuesen vinos de Brie ó de Tonnerre.

CAPÍTULO XI.

LOS SEÑORES BÖHMER Y BOSSANGE.

M. Ducorneau estaba aun bendiciendo al cielo por haberle enviado un embajador que prefería la lengua francesa á la portuguesa, y los vinos portugueses á los de Francia, y estaba nadando en esa deliciosa beatitud que proporciona al cerebro el estómago repleto y agradecido, cuando, interpeándole el señor de Souza, le mandó que se fuese á la cama.

Levantóse Ducorneau, y haciendo una reverencia espionosa en que enganchó tantos muebles como hojas en un tallar engancha una rama de agavanzo, corrió á la puerta y de esta á la calle.

Beausire y don Manoel no habían festejado bastante el vino de la embajada para sucumbir desde luego al sueño.

Por otra parte, era preciso que el ayuda de cámara cenase á su turno después de sus amos, operación que el *comendador* ejecutó minuciosamente conforme á los procedimientos trazados por el señor embajador y su secretario.

Hallóse combinado todo el plan del día siguiente. Los tres socios hicieron un reconocimiento en el hotel, después de haberse asegurado de que el suizo dormía.

En la mañana siguiente, gracias á la actividad de Ducorneau en ayunas, había salido de su letargo la embajada: bufetes, cartones, tinteros, aire de aparato, eaballos pifando en el patio, indicaban la vida allí donde la víspera se sentía la atonía y la muerte.

Al momento circuló por el barrio el rumor de que durante la noche había llegado de Portugal un gran personaje encargado de negocios.

Este rumor, que debía dar crédito á nuestros tres perillanes, era para ellos un manantial de incesantes inquietudes.

En efecto, la policía de M. de Crosne y la de M. de Breuteuil tenían anchos oídos que se guardaban bien de cerrar en semejante ocasión; y tenían también ojos de Argos que de seguro no cerrarían en tratándose de los señores diplomáticos de Portugal.

Pero don Manoel hizo observar á Beausire que con audacia se podía impedir que las pesquisas de la policía se convirtieran en sospechas antes de ocho días; que las sospechas se convirtieran en certidumbre antes de quince, y que, de consiguiente, antes de diez días, término medio, nada incomodaría á la marcha de la sociedad, la cual, para obrar bien, debía tener terminadas sus operaciones antes de seis días.

Acababa de salir la aurora cuando dos simónes trajeron al hotel el cargamento de los nueve tunantes destinados á componer el personal de la embajada, quienes al punto fueron instalados por Beausire. Se puso á uno en la caja, á otro en los archivos, y otro reemplazó al suizo, que fué

despedido por el mismo Ducorneau so pretexto de que no sabía bien el portugués. De consiguiente, el hotel se halló poblado por esta guarnición que debía prohibir su entrada á todo profano.

Para los que tienen secretos políticos ú otros, la policía es profana en el más alto grado.

Á eso de las doce, habiéndose vestido elegantemente don Manoel llamado Souza entró en una carroza muy decente que Beausire había alquilado por 500 libras al mes, pagando quince días anticipados, y se dirigió á casa de los señores Bøhmer y Bossange, acompañado de su secretario y su ayuda de cámara.

El canceller recibió la orden de despachar, como de costumbre en ausencia de los embajadores, todos los negocios relativos á pasaportes, indemnizaciones y socorros, aunque con la prevención de no soltar dinero ni pagar ninguna cuenta sin el beneplácito del señor secretario.

Estos señores querían conservar intacta la suma de cien mil libras, que eran el eje fundamental de toda la operación.

Dijeron al señor embajador que los joyeros de la corona vivían en el muelle de la Escuela, donde hicieron su entrada á eso de la una de la tarde.

El ayuda de cámara llamó modestamente á la puerta del joyero, que estaba cerrada con fuertes cerrojos y guarnecida de abultados clavos con anchas cabezas, como la puerta de una cárcel.

El arte había dispuesto esos clavos de manera que formaban unos dibujos más ó menos agradables; solo que estaba probado que jamás barrena ó sierra había podido hacer mella en la madera sin romperse un diente en la cabeza de un clavo.

Abrióse un postiguillo enrejado, y una voz preguntó al ayuda de cámara lo que deseaba saber.

— El señor embajador de Portugal quiere hablar á los señores Bœhmer y Bossange, respondió el ayuda de cámara.

Al punto apareció en el primer piso una figura, y en seguida se oyeron en la escalera pasos precipitados. La puerta se abrió.

Don Manoel se apeó del coche con noble lentitud.

Beausire había bajado el primero para ofrecer el brazo á Su Excelencia.

El hombre que con tanta solicitud salía á recibir á los dos portugueses era el mismo Bœhmer que, al oír pararse el coche, había mirado por los cristales y oído la palabra embajador, había corrido para no hacer aguardar á Su Excelencia.

Mientras que don Manoel subía la escalera, el joyero se confundía en excusas.

M. Beausire observó que, detrás de ellos, una vieja erizada vigorosa y muy suelta cerraba cerrojos y cerraduras, de las que había grande lujo en la puerta de la calle.

Como M. Beausire pareciese hacer estas observaciones con cierto cuidado, M. Bœhmer le dijo:

— Perdonad, caballero; estamos tan expuestos en nuestra desgraciada profesión, que todos nuestros hábitos encierran una precaución.

Don Manoel había permanecido impasible; vióle Bœhmer y le retiró la frase que había obtenido de Beausire una sonrisa agradable; pero como el embajador no hubiese pestañeado más á la segunda vez que á la primera:

— Perdonadme, señor embajador, repitió Bœhmer turbado.

— Su Excelencia no habla francés, dijo Beausire, y no puede entenderos; pero yo le transmitiré vuestras excusas, caballero, á menos que, se apresuró á decir, vos mismo habléis portugués.

— No, caballero, no lo hablo.

— Entonces os serviré de intérprete.

Y Beausire chapurreó algunas palabras portuguesas á don Manoel, que le respondió en la misma lengua.

— El Excelentísimo señor conde de Souza, embajador de Su Majestad Fidelísima, acepta graciosamente vuestras excusas, caballero, y me manda preguntaros si es cierto que tenéis aun en vuestro poder un hermoso collar de diamantes.

Bœhmer levantó la cabeza y miró á Beausire como hombre que sabía medir la gente con quien tenía que habérselas.

Beausire sostuvo el choque como un hábil diplomático.

— Un collar de diamantes... repitió lentamente Bœhmer; un hermosísimo collar.

— El que habéis presentado á la reina de Francia, añadió Beausire, y del que ha oído hablar Su Majestad Fidelísima.

— ¿Sois un dependiente del señor embajador? preguntó Bœhmer.

— Soy su secretario particular, caballero.

Don Manoel se había sentado como un gran señor y estaba mirando las pinturas de los tableros de una pieza bastante bella que daba sobre el muelle.

Un hermoso sol bañaba entonces el Sena, y los primeros álamos mostraban sus renuevos de un verde tierno encima de las aguas, crecidas aun y amarillentas por el deshielo.

Don Manoel pasó del examen de las pinturas al del paisaje.

— Caballero, me parece que no habéis entendido una palabra de cuanto os he dicho, dijo Beausire.

— ¿Por qué, caballero? replicó Bœhmer algo aturdido con el tono vivo del personaje.

— Porque veo que Su Excelencia se impacienta, señor joyero.

— Perdonad, caballero, dijo Bœhmer encarnado como una aseca; yo no puedo enseñar el collar sin estar acompañado de mi socio M. Bossange.

— Pues bien; haced que venga vuestro socio.

Acercóse don Manoel, y con un aire glacial que marcaba cierta dignidad, principió una alocución en portugués que hizo á Beausire inclinar la cabeza muchas veces respetuosamente.

Después volvió las espaldas, y se entregó otra vez á su contemplación de los vidrios.

— Su Excelencia me dice, caballero, que hace diez minutos está aguardando, y que no tiene la costumbre de aguardar en ninguna parte, ni aun en los palacios de los reyes.

Bœhmer se inclinó, cogió el cordón de la campanilla y llamó.

Al cabo de un minuto entró en el aposento otra figura: era el socio M. Bossange.

Bœhmer le enteró del negocio en dos palabras; Bossange echó una mirada á los dos portugueses, y acabó por pedir á Bœhmer su llave para abrir el cofre-fuerte.

— Me parece que los hombres honrados, pensó Beausire, se toman tantas precauciones unos contra otros como los ladrones.

Trascurridos diez minutos, volvió Bossange con un estuche en la mano izquierda, y la mano derecha metida

dentro de la casaca. Beausire vió distintamente el relieve de dos pistolas.

— Podemos tener buenas trazas, dijo gravemente don Manoel en portugués; pero estos mercachilles nos toman más bien por unos ladronzuelos que por embajadores.

Y al pronunciar estas palabras fijó la vista en los joyeros para sorprender en su cara la menor emoción si por acaso comprendían el portugués.

Pero nada vió, nada más que un collar de diamantes de tan maravillosa hermosura, que su brillo deslumbraba.

Pusieron con confianza el estuche en manos de don Manoel, quien de súbito dijo iracundo á su secretario:

— Decid á estos tunantes que abusan del permiso que tiene un mercachifle para ser estúpido. Me están mostrando estras cuando yo les pido diamantes finos. Decidles que voy á quejarme al ministro de Francia, y que, en nombre de mi reina, haré encerrar en la Bastilla á los impertinentes que de ese modo engañan á un embajador de Portugal.

Y diciendo estas palabras, de una manotada echó á rodar el estuche por encima del mostrador.

Beausire no tuvo necesidad de traducir todas las palabras, pues había sido suficiente la pantomima.

Bœhmer y Bossange se confundieron en excusas, y dijeron que en Francia se mostraban modelos de diamantes, imitaciones de aderezos, para satisfacer á las personas honradas, y para no engolosinar ó tentar á los ladrones.

El señor de Souza hizo un ademán enérgico, y se dirigió á la puerta, á la vista de los joyeros que estaban en extremo inquietos.

— Su Excelencia me manda deciros, prosiguió Beausire, que es muy desagradable que unos hombres que llevan el

título de joyeros de la Corona de Francia, no sepan distinguir á un embajador de un miserable, y Su Excelencia se retiró á su hotel.

Los señores Bœhmer y Bossange se hicieron una seña y se inclinaron haciendo nuevas protestas de su respeto.

Al retirarse el señor de Souza le faltó poco para pisarlos.

Los joyeros se miraron, decididamente inquietos y encorvados hasta el suelo.

Beausire siguió fieramente á su señor.

La vieja abrió las cerraduras de la puerta.

— ¡ Al hotel de la Embajada, calle de la Jussienne ! gritó Beausire al ayuda de cámara.

— ¡ Al hotel de la Embajada, calle de la Jussienne ! repitió éste al cochero.

Bœhmer oyó estos gritos á través del postiguiillo.

— ¡ Negocio fallido ! dijo entre dientes el ayuda de cámara.

— ¡ Negocio arreglado ! dijo Beausire. Dentro de una hora están en nuestra casa esos majaderos.

La carroza corrió como si fuese tirada por ocho caballos.



CAPÍTULO XII.

EN LA EMBAJADA

Al entrar en el hotel de la Embajada hallaron á Ducorneau que estaba comiendo en su bufete.

Beausire le rogó que subiese al aposento del embajador, y le dirigió este lenguaje :

— Ya comprenderéis, querido canciller, que un hombre como el señor de Souza no es un embajador ordinario.

— He percibido lo mismo, dijo el canciller.

— Su Excelencia, prosiguió Beausire, quiere ocupar una posición distinguida en París entre los ricos y las personas de buen gusto ; es decir, que la residencia en este ruin hotel, calle de la Jussienne, no es soportable para él ; de consiguiente, se trataría de hallar otra residencia particular para el señor de Souza.

— Eso va á complicar las relaciones diplomáticas, dijo el canciller ; pues tendremos que correr mucho para las firmas.

— Su Excelencia os dará una carroza, querido señor Ducorneau, respondió Beausire.

Ducorneau estuvo á punto de desmayarse de alegría.

— ¡Una carroza á mí! exclamó.

— Es sensible que no estéis habituado á ella, continuó Beausire; un canceller de embajada de algún mérito debe tener su carroza, pero ya hablaremos de este detalle en su tiempo y lugar. Por ahora, demos cuenta al señor embajador del estado de los negocios extranjeros. ¿dónde está la caja?

— Arriba, caballero, en el mismo aposento del señor embajador.

— ¡Tan lejos de vos!

— Es una medida de seguridad, caballero; los ladrones penetran más difícilmente en el piso principal que en el piso bajo.

— ¡Ladrones para una suma tan insignificante! exclamó con desdén Beausire.

— ¡Cien mil libras! exclamó Ducorneau. ¡Cáspita! ¡Bien se echa de ver que el señor de Souza es rico! No en todas las cajas de embajada hay cien mil libras.

— ¿Queréis que verifiquemos? preguntó Beausire. Me tardá ya él entregarme á mis negocios.

— ¡En este instante, caballero, en este mismo instante! respondió Ducorneau saliendo del piso bajo.

Hecho el arqueo, aparecieron las cien mil libras en hermosas monedas, mitad en oro y la otra mitad en plata.

Ducorneau ofreció su llave, que Beausire estuvo mirando un rato para examinar sus ingeniosas labores y sus guardas complicadas.

Beausire tomó hábilmente el modelo en cera, y luego la devolvió al canceller, diciéndole:

— Señor Ducorneau, mejor está en vuestras manos que en las mías; pasemos al cuarto del señor embajador.

Hallaron á don Manoel mano á mano con el chocolate nacional, y parecía muy ocupado de un papel cubierto de cifras. Al ver al canceller, preguntó:

— ¿Conocéis la clave de la antigua correspondencia?

— No, Excelentísimo señor.

— Pues bien; en adelante quiero que estéis iniciado en ella, pues de ese modo me desembarazaréis de una multitud de pormenores. Ahora que me acuerdo, ¿la caja? preguntó á Beausire.

— En perfecto estado, como todo lo que es del cargo de M. Ducorneau, respondió Beausire.

— ¿Las cien mil libras?

— Líquidas, señor.

— Bien; sentaos, señor Cornó, pues vais á darme ciertos datos.

— Estoy á las órdenes de Vuestra Excelencia, dijo el canceller radiante de satisfacción.

— He aquí de que se trata: es un negocio de Estado, señor Cornó.

— ¡Oh! ya escucho, monseñor.

Y el digno canceller aproximó su silla.

— Un negocio grave, en el que tengo necesidad de vuestras luces. ¿Conocéis en París algunos joyeros que sean un poco honrados?

— Hay los señores Bøhmer y Bossange, joyeros de la Corona, dijo el canceller.

— Precisamente esos son los que yo no quiero emplear, repuso don Manoel; acabo de dejarlos para no volver á verlos jamás.

— ¿Han tenido la desgracia de descontentar á Vuestra Excelencia?

— ¡ Gravemente, señor Cornó, gravemente !

— ¡ Oh ! si pudiese yo ser un poco menos reservado, si me atreviese...

— Atreveos.

— Preguntaría en qué esos hombres que tienen fama en su oficio...

— Son unos verdaderos judíos, señor Cornó, y su mal comportamiento les hace perder uno ó dos millones.

— ¡ Oh ! exclamó Ducorneau con avidez.

— He sido enviado por Su Majestad Fidélisima para negociar un collar de diamantes.

— Sí, sí; el famoso collar que había sido encargado por el difunto rey para madama Dubarry; ya sé, ya sé.

— Sois un hombre precioso, todo lo sabéis. Pues bien; iba á comprar ese collar, más supuesto que han obrado de ese modo, ya no le compraré.

— ¿ Conviene que dé yo un paso ?

— ¡ Señor Cornó !

— Diplomático, monseñor, diplomático.

— Eso sería bueno si conocieseis á esos hombres.

— Bossange es primito mío al estilo de Bretaña.

Don Manoel y Beausire se miraron; hubo un rato de silencio durante el cual los dos portugueses hicieron sus reflexiones, cuando de súbito uno de los lacayos abrió la puerta y anunció:

— ¡ Los señores Boehmer y Bossange !

Don Manoel se levantó vivamente, y exclamó con irritada voz:

— ¡ Despedid á esos hombres !

El lacayo dió un paso para obedecer.

— No, despedidlos vos mismo, señor secretario, repuso el embajador.

— ¡ En nombre del cielo ! exclamó Ducorneau en tono de súplica, dejadme ejecutar la orden de monseñor ! puesto que no puedo eludirla, al menos la suavizaré.

— Hacedlo si queréis, dijo negligentemente don Manoel. Beausire se acercó á él en el momento en que Ducorneau salía con precipitación.

— ¡ Bueno va ! ; este negocio parece destinado á fallar ! dijo don Manoel.

— Nada de eso ; Ducorneau va á enderezarlo.

— Lo que hará será embrollarlo más, desdichado ; en casa de los joyeros solo hemos hablado portugués ; habéis dicho que yo no entendía una palabra de francés, y Ducorneau va á echarlo á perder.

— Voy corriendo allá.

— Beausire, puede que sea peligroso el que os presentéis.

— Vais á ver que no ; dejadme amplios poderes.

— ¡ Pardiez !

Beausire salió.

Ducorneau había hallado abajo á Boehmer y Bossange, cuyo continente, desde su entrada en la embajada, se había modificado completamente en cuanto á la urbanidad, si no en cuanto á la confianza.

Contaban poco con la vista de una cara conocida y se deslizaban muy serios en los primeros gabinetes, cuando Bossange, percibiendo á Ducorneau, lanzó un grito de alegre sorpresa, exclamando :

— ¡ Vos aquí !

Y se acercó para abrazarle.

— ¡Ah, ah! sois muy amable, dijo Ducorneau; aquí me reconocéis, mi primo el ricachón! ¿Es acaso porque estoy en una embajada?

— ¡Á fe mía! sí, dijo Bossange; si hemos estado un poco reñidos, perdonádmelo, y hacedme un servicio.

— Á eso mismo venía.

— ¡Oh, gracias! ¿Conque estáis agregado á la embajada?

— Como lo véis.

— Dadme una noticia.

— ¿Cuál y sobre qué?

— Sobre la misma embajada.

— Soy su canciller.

— ¡Oh! eso nos viene á las mil maravillas. Queremos hablar al embajador.

— Justamente vengo de su parte.

— ¡De su parte! ¿para decirnos?...

— Que os ruega salgáis cuanto más antes de su hotel, caballeros.

Los dos joyeros se miraron estupefactos.

— Porque, prosiguió Ducorneau con un tono de importancia, según parece, habéis estado torpes y descorteses.

— Pero escuchadnos.

— Es inútil, dijo de súbito Beausire apareciendo erguido y frío en el umbral de la puerta. Señor Ducorneau, Su Excelencia os ha mandado despedir á esos señores; despedidos, pues.

— ¡Señor secretario!...

— Obedeced, dijo Beausire con desdén. Haced lo que os mandan.

Y Beausire se retiró.

El canciller cogió á su pariente por el hombro derecho,

y al socio de su pariente por el hombro izquierdo, y los empujó suavemente hacia fuera.

— ¡He aquí que se ha frustrado el negocio!

— ¡Dios mío! ¡qué quisquillosos son estos extranjeros! exclamó Bøhmer, que era un alemán.

— Querido primo, cuando uno se llama Souza y tiene novecientas mil libras de renta, tiene el derecho de ser lo que se le antoja, dijo el canciller.

— ¡Ah! suspiró Bossange. Bien os he dicho, Bøhmer, que sois demasiado áspero en materia de negocios.

— ¿Y qué? replicó el testarudo alemán; si no tenemos su dinero, tampoco él tendrá nuestro collar.

En esto se aproximaban á la puerta.

Ducorneau se echó á reir, y dijo desdefiosamente:

— ¿Sabéis bien lo que es un portugués? ¿Sabéis lo que es un embajador, vosotros, señores ricotes? No lo sabéis, y voy á decíroslo. Un embajador favorito de una reina, M. Potemkin, compraba todos los años, el primero de enero, un cestito de cerezas para la reina, que costaba cien mil escudos, mil libras cada cereza. Es cosa linda, ¿no es verdad? Pues bien; el señor de Souza comprará las minas del Brasil para hallar en sus filones un diamante tan grueso como todos los vuestros. Eso le costará veinte años de su renta, veinte millones; pero, ¿qué le importa, á él que no tiene hijos? Ahí tenéis.

Y les cerraba la puerta, cuando Bossange, variando de modo de pensar, le dijo:

— Arreglad el negocio y tendréis...

— Aquí no hay más que gente incorruptible, replicó Ducorneau.

Y cerró la puerta.

En aquella misma noche el embajador recibió la carta siguiente:

« Monseñor,

« Un hombre que aguarda vuestras órdenes y desea presentaros las respetuosas excusas de vuestros humildes servidores, está á la puerta de vuestro hotel; á una seña de Vuestra Excelencia depositará en las manos de uno de vuestros dependientes el collar que había tenido la dicha de atraer vuestra atención.

« Dignaos recibir, monseñor, la seguridad de profundo respeto, etc., etc.

« BOEHMER Y BOSSANGE. »

— Y bien; dijo don Manoel al leer esta epístola; el collar es nuestro.

— No, no, repuso Beausire; no será nuestro hasta que lo hayamos comprado; comprémoslo.

— ¿Cómo?

— Vuestra Excelencia no sabe el francés, es cosa convenida; y primeramente desembaracémonos del señor canciller.

— ¿Cómo?

— De un modo muy sencillo; se trata de darle una misión importante; yo me encargo de eso.

— Haréis mal, replicó don Manoel; porque estando aquí nos serviría de fiador.

— Pero dirá que habláis francés como M. Bossange y yo.

— Yo le rogaré que no lo diga.

— Pues bien; que se quede; mandad que entre el hombre de los diamantes.

Fué introducido este hombre, que era Bøhmer en persona, y el cual hizo las más profundas reverencias y las excusas más humildes.

En seguida presentó sus diamantes, y aparentó querer dejarlos para que los examinasen, pero don Manoel le detuvo.

— Basta ya de pruebas como esa, dijo Beausire; sois un comerciante suspicaz, y debéis ser honrado. Sentaos aquí y hablemos, puesto que el señor embajador os perdona.

— ¡ Oh ! ¡ cuánto trabajo cuesta el vender! dijo Bøhmer suspirando.

— ¡ Cuánto trabajo se toma uno para robar! pensó Beausire.